

## LA MUTACIÓN DEL RACISMO\*

### THE MUTATION OF RACISM

---

Michel Wieviorka \*\*

**Resumen:** Después de la última guerra pudo creerse que el antisemitismo y el racismo estaban llamados a desaparecer. Pero hoy han vuelto y se puede rastrear la historia de su regreso. El antisemitismo se habría relanzado como anticapitalismo y apoyo a la lucha liberadora del pueblo palestino —o como envidia, principalmente islámica, a la bien lograda instalación de los judíos en la contemporaneidad—. En cuanto al racismo se habría transformado de físico en cultural y hoy se activaría a través de discriminaciones planetaria más que intranacionalmente desencadenadas, relacionadas con tensiones internacionales y con las inquietudes suscitadas por la inmigración. Finalmente se ha venido a plantear la necesidad de una re-escritura de los inicios y legitimaciones de su historia de sufrimientos.

**Palabras Clave:** Nuevos racismos; Antisemitismo; Discriminación; Inmigración.

**Abstract:** After the last war it would have seemed racism and antisemitism were called to disappear. But today they have come

---

\*\* Director de la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS) y Director del Centre d'Analyse et d'Intervention Sociologiques (CADIS).

\* Este texto fue presentado como conferencia principal en la «Mesa Nacional sobre Racismo y Xenofobia» del EUMC que tuvo lugar en la Universidad Pontificia Comillas el 21 de febrero de 2006.

*back and the history of their return can be traced back. Antisemitism would seem to have been relaunched as anticapitalism and as support in the fight for freedom of the palestinian people —or as envy, mainly islamic, of today's jews' success in their settlement—. Racism on the other hand has suffered a transformation from the physical to the cultural and is activated today through discriminations launched on a planetary scale rather than coming from within the nations and is often connected with international tensions provoked by immigration. Finally racism is also taking shape in the need to rewrite the beginning and legitimations of the histories of suffering.*

**Keywords:** *New racisms; Antisemitism; Discrimination; Immigration.*

En los años de la postguerra pudo pensarse que el antisemitismo, totalmente desacreditado por los crímenes nazis, estaba condenado a la extinción. Más tarde, entre los años 40 y 60, el movimiento de descolonización, las luchas por los derechos cívicos, hicieron a su vez pensar que realmente el racismo en general estaba en declive. Sin embargo, tenemos que admitir que el antisemitismo no ha desaparecido, y que el racismo en general continua siendo una realidad masiva en el mundo contemporáneo. Incluso sería posible trazar de nuevo una breve historia de su renacer que explicara cómo volvieron a cobrar fuerza estos dos fenómenos y los cambios significativos que se han producido en su contenido y en sus formas. Dejaré de lado la cuestión de si el antisemitismo debería considerarse como un fenómeno singular o como un tipo más de racismo <sup>1</sup>.

## 1. EL REGRESO DEL ANTISEMITISMO

Tras la guerra, el clásico odio hacia Judíos, nacionalista, cristiano y no sólo católico —también puede ser protestante u ortodoxo— cuyo objetivo es el «pueblo deicida», no ha desaparecido del todo, a

<sup>1</sup> Cf. mi libro *La tentación antisemita*, Paris, Robert Laffont, 2005.

pesar de que el Concilio Vaticano II, y después la actitud del Papa Juan Pablo II, contribuyeron de manera considerable a debilitarlo entre los católicos. Encontramos las huellas de este odio en las ideologías de los movimientos de extrema derecha o de la derecha radical, además de en los entornos católicos tradicionalistas o integristas, en algunas variantes del protestantismo anglosajón, e incluso en el mundo ortodoxo. Pero no es en estos ámbitos donde encontramos la fuente de esta supuesta vitalidad reencontrada. De hecho, ha tomado fuerza gracias a dos impulsos principales.

El primero es aún bastante clásico, ya que procede de las antiguas temáticas que asocian a los Judíos, desde la izquierda y en términos anticapitalistas, con el dinero, el poder, los medios de comunicación; y más allá, desde la izquierda de la izquierda, con los entornos para los cuales Israel, los Estados Unidos de América, el imperialismo y el sionismo forman un todo trabado con una lógica capitalista y colonialista.

Este fenómeno, cuyas raíces podemos encontrar en muchos de los pensadores socialistas del siglo XIX como Marx o Proudhon, e incluso en filósofos del Siglo de las Luces en el XVIII como Voltaire, se ha avivado con la creación del Estado de Israel y reviste formas particularmente radicales en los que se identifican con el pueblo palestino y su lucha. Se podría plantear la hipótesis de que la ideología de la extrema izquierda ha encontrado en esta lucha una especie de sustituto para la figura en declive de un proletariado obrero entendido como «sal de la tierra». Y así pasa, aquí o allí, de una oposición a la política israelí a la acusación de la existencia del Estado de Israel, a criticar todo lo que pueda fundamentarla o legitimarla y, de ello, hacia el odio de los Judíos en general.

El segundo impulso es el que acarrea en todo el mundo el islamismo radical e, incluso, yendo más allá, el Islam en general. En las sociedades del mundo árabe-musulmán por desgracia no hay lugar para los Judíos, a los que se relaciona con la figura del mal, con Israel, con los Estados Unidos, con Occidente. El odio hacia los Judíos aquí tampoco es una novedad. Lo podemos encontrar desde hace mucho en expresiones de la historia, y también en algunas, al menos, de las lecturas del Corán. Pero el fuego ha sido reavivado por la existencia de Israel y el conflicto palestino-israelí. Y en aquellas sociedades en que los musulmanes no forman sino una minoría, su posible odio hacia los Judíos puede significar una mezcla entre identificación con la causa palestina, en cuanto a lo que ella puede tener

de más radical, y rencor o envidia contra una minoría que sabría apañárselas mucho mejor. Los Judíos, desde esta perspectiva, ya no son una amenaza para la Nación o para la cultura dominante, como en el antisemitismo clásico nacionalista o cristiano; ya no se les reduce al ámbito del dinero, como en las clásicas versiones de la izquierda y la extrema izquierda; tendrían entonces esto de particular, que encarnarían sobre todo el éxito de la integración dentro de la Nación y en el corazón de la sociedad. Se les reprocha entonces haber sabido conseguir lo imposible o muy difícil para otras minorías, el no ser discriminados, no ser víctimas, más bien lo contrario. Este fenómeno resulta particularmente nítido al considerar la experiencia francesa, pero podemos encontrar sus huellas en otros lugares, como en el antisemitismo del movimiento negro radical *la Nación del Islam*, dirigido por Louis Farakhan en los Estados Unidos.

Esto desborda con creces el marco islamista, y también encontramos manifestaciones en otras minorías, también ellas a su vez víctimas del racismo. En Francia, por ejemplo, entre algunos antillanos, en cuyos medios, todo sea dicho, el cómico Dieudonné ha obtenido un gran éxito con sus diatribas antisemitas.

En ambos casos la novedad, por comparación con otros períodos históricos, no resulta considerable, al menos en cuanto a la temática. Simplemente los temas tradicionales se mezclan con otros más recientes que se refieren constantemente a la Shoah (negacionismo, acusaciones de convertir lo sucedido en pretexto para ventajismos...). Pero lo más novedoso toca a dos aspectos. Por una parte, al del lugar que ocupan los Judíos en el imaginario de aquellos que los odian: integrados, dominantes, ya no amenazados por la sociedad mayoritaria como en el pasado. Por otra parte a la definición de judío, que se ha convertido en cultural, religiosa, económica y política, pero poco racial, o al menos no tanto como en el pasado. Esta es la causa por la cual ciertos analistas han propuesto hablar de una nueva judeofobia para referirse al período actual, y no hablar de antisemitismo sino tratándose de la época histórica cuyo apogeo se encuentra en el nazismo.

## **2. PRIMEROS CAMBIOS EN EL RACISMO: AÑOS 70 A 90**

Al final de los años 60, en un contexto de declive del movimiento por los derechos cívicos en Estados Unidos, y de una radicaliza-

ción hacia la violencia del movimiento negro, se cae en la cuenta de que el racismo no se había extinguido. Y la pregunta era: ¿cómo es posible que el racismo para con los negros americanos sobreviva, cuando ya nadie se declara abiertamente racista? Entre los primeros en avanzar una explicación están dos militantes del Black Power: Stokely Carmichael y Charles Hamilton<sup>2</sup>. El racismo sería institucional, esto es, constituiría una propiedad estructural del sistema, a pesar de que sus actores no se consideran racistas y se quedan muy sorprendidos si se les acusa de serlo. Desde esta perspectiva, en última instancia, nadie sería racista, y sin embargo los negros seguirían siendo víctimas de toda clase de discriminaciones.

A principios de los años 80 comienza a formularse una segunda constatación, también esta vez primeramente en Estados Unidos y poco más tarde en Gran Bretaña, seguida de Francia y Bélgica: el racismo muta, volviéndose imputación a sus víctimas de características no ya físicas, sino culturales. Así es como los psicólogos y politólogos desarrollan en Estados Unidos la noción de «racismo simbólico». Desde esta perspectiva ya no se acusa a los negros de ser inferiores intelectualmente por ser diferentes físicamente, sino de ser incapaces de adaptarse a los valores de la sociedad americana por sus irreductibles diferencias culturales. En el clima liberal de la era Reagan se describe a los negros como individuos que rechazan el «credo» americano y prefieren recibir ayudas sociales que trabajar para promocionarse socialmente, que no tienen el sentido de la familia. En Gran Bretaña este racismo se saca a luz por un politólogo, Martín Baker, que más o menos durante la misma época habla de «new racism», para dar fe de cómo los inmigrantes recientes son rechazados porque sus atributos culturales les impedirían adaptarse a los valores de la Nación inglesa.

Un poco más tarde Etienne Balibar e Immanuel Wallerstein describen en Francia un fenómeno parecido y Pierre-André Taguieff, para formular una constatación análoga, habla de «racismo diferencialista». A partir de aquí el vocabulario se va enriqueciendo, se habla también de «racismo cultural» o de «neo-racismo» y se desarrollan nuevos debates: ¿hasta qué punto existe una ruptura con el racismo clásico, científico, que se interesaba por las características físicas o biológicas de las «razas» humanas? ¿Hemos llegado a una época en la que el racismo ya no tendería tanto a hacerse sentir in-

---

<sup>2</sup> Recopilada en mi libro.

feriores a sus víctimas, sobre todo en el trabajo y mediante la sobreexplotación, como a excluirlas, incluso a destruirlas? Entonces ¿no se debería admitir mas bien que el racismo conjuga en todas las épocas dimensiones de diferenciación (por o tanto de rechazo o de discriminación) y dimensiones de inferiorización? <sup>3</sup>

Así la época de los años 80-90 ha sido un periodo en el que no sólo se levanta acta del resurgir del racismo en varias sociedades, sino uno que también se ha interesado especialmente por sus aspectos culturales. Sin que ello signifique que el debate esté cerrado, puesto que si las características culturales de las víctimas parecen, en este momento, irreductibles o inadaptables a la cultura de la sociedad mayoritaria, ¿acaso no remiten de hecho a una naturaleza, a características físicas?

### 3. LAS DISCRIMINACIONES

En los años 80-90, cuando Europa vuelve a descubrir el racismo, éste es considerado como un fenómeno ideológico-político, en ocasiones capitalizado por las fuerzas de extrema derecha, por aquel entonces recién creadas o en proceso de resurgimiento, como es el caso del Frente Nacional en Francia.

Las otras manifestaciones del fenómeno —violencia, prejuicios, discriminaciones...— no se ignoran, pero la batalla principal es política y bastante general. Sin embargo una idea se impone progresivamente: si el objetivo es hacer retroceder al racismo, no basta con combatir frontalmente, en el ámbito ideológico y político, contra las fuerzas políticas que lo encarnen. Se necesita luchar cuerpo a cuerpo contra todas sus manifestaciones. De esta forma, el tema de la discriminación (que, por cierto, no se reduce al racismo, y concierne también, por ejemplo, al sexismo) despegga, y se extiende la preocupación por las luchas concretas contra ella en todos los campos: empleo, trabajo, escolarización, salud, vivienda, ocio etc... Se realizan cada vez más encuestas sobre este fenómeno, se denuncia, se precisa, a la par que se desarrollan debates para concretar estrategias válidas contra él. Por ejemplo, ¿se deberían implantar lógicas

---

<sup>3</sup> Sobre todas estas cuestiones, me permito remitirme a mi libro *El racismo, una introducción*, Paris, La Découverte, 1998.

de «discriminación positiva»? La novedad aquí no es la discriminación, sino el papel central que ella empieza a desempeñar, de forma visible, en la vida pública.

#### **4. EL RACISMO «GLOBAL»**

Las aproximaciones de los años 80 y 90 incluyen el racismo en un marco constituido por las sociedades nacionales o los Estados Naciones. Se habla de «racismo simbólico» en Estados Unidos, el «nuevo racismo» es inglés, en Francia es el «racismo diferencialista»... Pero en adelante, cuando se trata de un fenómeno singular como el antisemitismo u otras formas de racismo, otro punto ha de tenerse sistemáticamente en cuenta: no se puede analizar el racismo si la reflexión se reduce sólo al marco de los Estados Naciones. En efecto, el fenómeno tiende a ser cada vez más «global», es decir, a conjugar, bajo aspectos que pueden variar en cada caso concreto, dimensiones planetarias, o por lo menos, supranacionales o transnacionales, y otras que remiten a condiciones específicas o anclajes locales, nacionales.

El antisemitismo siempre ha sido un fenómeno a escala planetaria. Desde la antigüedad, si seguimos el trabajo de Schaeffer, el antijudaísmo (utilizo este término para evitar el anacronismo, puesto que la palabra antisemitismo sólo se empezó a usar en los años 1880) opera en tres lugares distintos: Egipto, Siria-Palestina y Roma. El fenómeno fue «globalizado» ampliamente por el cristianismo, que pronto le otorgó dimensiones mundiales. Pero lo que acreció su globalización no es menos propio de nuestro tiempo. Porque hoy no se puede analizar seriamente el antisemitismo sin pensar permanentemente en la articulación de lo que está en juego en el marco de los Estados Naciones a los que concierne, empezando por Israel, Estados Unidos y Francia, y en lo que la sobrepasa o la desborda; sin conjugar la toma en consideración de elementos locales y transnacionales, empezando por aquellos que conciernen al Oriente Próximo y Medio. Para ofrecer un ejemplo preciso puedo evocar la experiencia francesa contemporánea: el antisemitismo conjuga dimensiones ligadas a la crisis social, política, cultural e institucional del país, con otras ligadas a la escena de Oriente próximo, sin mencionar la incidencia sobre Francia de lo que se juega en Estados Unidos.

Lo mismo ocurre si se consideran otros racismos. La reciente experiencia francesa permite ilustrar esta afirmación. Hoy Francia cuenta con una población basada en la inmigración llegada del mundo árabe-musulmán que se estima, sin duda de forma muy discutible, en unos cinco millones de personas, o sea, en un 7 u 8% de la población francesa total. Y el racismo que concierne a esa población es un fenómeno comprobado, sea en el orden de las opiniones o estereotipos, sea incluso, y sobre todo, en cuanto a discriminaciones de todo tipo en el empleo, en el acceso a una vivienda, en ciertos contextos de ocio. Trabajos sociológicos también muestran que esta población es víctima de una segregación actuante en escuelas públicas, de un «apartheid escolar» que produce y refuerza las desigualdades experimentadas por los niños que provienen de la inmigración en vez de eliminarlas como deseaba el ideal republicano, o por lo menos conformarse con reproducirlas, como sugería la sociología de los años 60 y 70. Pero este racismo no evoluciona sólo en función de las tensiones y crisis típicas de la sociedad francesa, también está condicionado por lógicas exteriores, por relaciones de poder que se desarrollan a otra escala que la del Estado-Nación. Y en esta línea varios casos o episodios han demostrado que el punto de vista externo puede influir en la evolución del racismo.

En 1990, cuando Francia se preparaba para participar en la primera Guerra del Golfo y más tarde se comprometía en ella, los poderes públicos tomaron diversas medidas para evitar los disturbios que tal compromiso pudiera acarrear en el seno de la población proveniente de la inmigración árabe-musulmana. Dichas medidas no eran racistas en sí, pero actuaban como racistas en varios aspectos: estigmatización de aquella población sospechosa o acusada de no estar completamente integrada, o de no ser integrable, funcionamiento racista de la policía que diferenciaría a los jóvenes «por sus caras», prohibición de algunos desplazamientos (por ejemplo, los colegios de las periferias parisinas, que acogen numerosos hijos de inmigrantes, tuvieron prohibido organizar durante esa época visitas a exposiciones o salidas teatrales por París). La política internacional del país refuerza este racismo interno. Al mismo tiempo, la forma de enfocarse este conflicto por los medios de comunicación se consideró especialmente odiosa en los países árabe-musulmanes, los cuales lo hicieron saber. El racismo francés se convirtió en objeto de debates internacionales, de presión, mientras su evolución dependía demasiado de las decisiones en política internacional.



Otro ejemplo: cuando Francia vota (en marzo 2004) una ley que prohíbe los símbolos religiosos «ostensibles» en las escuelas públicas, ley hecha en realidad para proscribir el «pañuelo islámico», algunas voces se alzan en el país para denunciar en ello una opción política vagamente racista. Y como concernía sólo a jóvenes musulmanas, se habla de «islamofobia». Pero las críticas más duras provienen sobre todo del extranjero, tanto de sociedades musulmanas como del mundo anglosajón, que reprocha a dicha ley aspectos racistas.

Tales críticas han alimentado el debate francés, endureciendo a los unos en su «republicanismo», su concepto estereotipado del ideal republicano, en nombre del cual la ley se votó, animando a otros a criticarla alegando sospecha de racismo. Todo lo referente al Islam es susceptible de «globalizar» el racismo, de transformarlo en un problema que ya no se puede abordar estrictamente en el marco del Estado-Nación.

Y lo que es válido para Francia lo es para otros países. Por ejemplo, los atentados terroristas de Madrid (marzo 2004) o los de Londres (julio 2005) tuvieron por efecto (pero quizás también por causa) el poner en primer plano el racismo propio de la sociedad española o inglesa. Los musulmanes, en los dos países afectados, se sintieron amenazados por las reacciones de las poblaciones nacionales, más o menos dispuestas a acusar a los musulmanes en su conjunto, incluso a los inmigrantes en general, de ser la causa de dicho terrorismo. Las impresionantes reacciones, en todo el mundo musulmán, a la publicación de caricaturas del profeta Mahoma primero en un diario danés, más tarde en numerosos países europeos, han dejado claro que los musulmanes se encuentran menospreciados en esos dibujos, un menosprecio con connotaciones racistas. Las protestas han tomado un giro violento en algunos países, han sido más moderadas en otros, sobre todo en Europa. Pero en suma han endurecido a ciertos grupos, incluyendo los de extrema derecha, que han encontrado de qué alimentar su odio racista contra los árabes y el Islam. También se ha evocado en Francia la hipótesis de un salto en el apoyo de la opinión pública al Frente Nacional, en tanto que partido racista.

Otro tipo de racismo, el centrado en los negros y no en los individuos de origen árabe-musulmán, tampoco se puede comprender si se limita el análisis al ámbito de los Estados-Nación. Porque hoy día la comprensión de este fenómeno obliga a considerar por una

parte la historia que ha conducido a la segregación, a los estereotipos, a las discriminaciones actuales, y por otra parte la circulación planetaria, las migraciones actuales de muchos negros. Más tarde volveré sobre el primer punto, el de las dimensiones históricas. Pero ahora querría indicar cómo, a día de hoy, los temas del racismo anti-negro también se globalizan. En ciertos casos los negros proceden de una diáspora —la «Black Atlantic» por ejemplo, de la que habla Paul Gilroy— que circula entre varios países. A veces no es fácil llevar a cabo tal circulación, abandonar un país africano, y el racismo de los países de acogida se apoya en políticas de migraciones que en algunos casos pueden ocasionar mucha violencia (todos recordamos cómo Marruecos trató a los inmigrantes que intentaban dirigirse hacia el norte desde el África sub-sahariana, abandonándolos en el desierto). El rechazo más o menos racista, pero de un racismo implícito, de los Países del Norte, pudo apoyarse en este caso en conductas adoptadas en el Sur. Y también en las sociedades de acogida puede ocurrir que grupos que ya son víctimas de un racismo anti-negro rechacen a los recién llegados precisamente por sus sociedades de origen: en Estados Unidos los descendientes de esclavos no siempre son amables con los nuevos inmigrantes que intentan llegar desde el África sub-sahariana, y en Francia, los negros de las Antillas pueden dar prueba de una inmensa hostilidad contra los subsaharianos. En pocas palabras: cuanto más se basa en la inmigración y en los fenómenos migratorios contemporáneos —más bien que en la raza— más se debe comprender el racismo «globalmente». Porque se mezclan entonces aspectos internos de las sociedades de acogida con características más generales. Particularmente los debates sobre la inmigración se lastran con estimaciones que no siempre se denominan racistas o raciales, pero que lo son en forma velada, sutil. Por ejemplo sustituyendo el término «raza» por «etnia», políticamente más correcto. Todo esto no es necesariamente nuevo, pero conlleva elementos novedosos derivados del hecho de que hoy ya no se puede distinguir entre cuestiones internas y externas, entre dentro y fuera. Todo interfiere muy rápidamente.

Así, el marco espacial del análisis se transforma con la globalización. En vez de decir que el racismo conlleva dimensiones nacionales, que eventualmente se completarían con otras internacionales, hace falta en adelante abordarlo preguntándose cómo, cada vez más, viene a ser el resultado de complejos juegos donde se conjugan y se desplazan permanentemente situaciones internas y externas, ló-

gicas interiores y lógicas supranacionales, exteriores. Así el paisaje del racismo aparece como mucho más complejo que antaño. Por una parte el fenómeno se desarrolla dentro de las sociedades occidentales en función de la evolución interna de éstas, y en especial de su fragmentación cultural y social, la cual hace que numerosos grupos, caracterizado cada cual por una identidad, una memoria, una cultura, una pertenencia étnica, religiosa etc..., sean susceptibles de ser a la vez víctimas y culpables del racismo. Pero además el racismo se fragmenta a su vez y se multiplica incluso para centrarse en individuos «racializados» a pesar de que no poseen comunidad ninguna de pertenencia. Y por otra parte el racismo es «global» en tanto que se rige en parte por lógicas supranacionales. Esta doble tendencia, a la fragmentación de las sociedades nacionales y a su impregnación por las fuerzas de la globalización, es la que hace que el racismo hoy día sea un tema de tratamiento tan delicado.

## **5. RACISMO E HISTORIA**

En las sociedades contemporáneas la historia se transforma en campo de confrontaciones. Aparece como un recurso movilizad por todo tipo de grupos que exigen reconocimiento por los dramas vividos por sus ancestros. La historia está en las sociedades, mientras en el pasado ocurría lo contrario. De golpe el racismo también se sobrecarga con temas históricos, se apoya en su propia concepción del pasado, concepción a veces contradicha por otros grupos. Aquí se da una novedad, puesto que en el pasado los tipos de racismo que se basaban en la biología o en aspectos físicos de los grupos de individuos no hacían intervenir a la historia. Pero hoy las memorias miran lejos compitiendo entre ellas y el racismo, así como la lucha contra el racismo, convierte a la historia en un tema esencial.

También en este caso la experiencia francesa nos puede ayudar a ilustrarlo. En Francia el antisemitismo, tal y como pudo prolongarse después de la segunda Guerra Mundial, tomó la forma de una negación del papel desempeñado por las autoridades francesas de Vichy, o de una minimización de la colaboración de éstas en la destrucción de los judíos. No existía un espacio político para abordar estas cuestiones. Hasta que historiadores extranjeros (Marrus, Paxon) publicaron trabajos decisivos sobre Vichy. Entonces el mundo

judío se transforma por completo y pide que lo que se había callado hasta ese momento sea reconocido.

Hace menos tiempo la colonización, la trata de negros y la esclavitud se han incluido en el debate público, poniendo en cuestión la versión nacional que, o bien los borraba, o bien se enorgullecía de algunos de sus aspectos, hasta el punto de que en febrero del 2005 se votara una ley que incluía un artículo pidiendo la enseñanza en los cursos de historia del papel positivo que habría desempeñado la colonización. Las movilizaciones, sobre todo por parte de los antillanos, pero no únicamente, rechazaron el silencio o la minimización de los dramas vividos por efecto de la colonización o de la esclavitud. Y no sólo en nombre de la verdad histórica, sino también porque percibían en ello una de las fuentes del racismo actual, una negación asociada a discriminaciones concretas. Afirmar que el pasado colonial aportó mucho a los pueblos colonizados sería permitir menospreciar a aquellos a quienes el relato nacional hace caer en el olvido. Sería en cierto modo perpetuar la discriminación, la segregación, las violencias impuestas.

Aquí nos encontramos con una novedad. Y es que el racismo conlleva en adelante elementos no sólo culturales, como hemos visto con los análisis propuestos desde los años 80 sobre el «nuevo racismo» o el «racismo simbólico», sino también una fuerte carga histórica, en la que se conjugan olvidos por un lado, y proposiciones que desnaturalizan el pasado por otro lado. Y este lugar que ocupa la historia en el racismo, como va a denunciarlo inmediatamente el antirracismo, es sin duda el de una disciplina que intenta, por lo menos en algunas de sus vertientes, convertirse en «global». Hablar de la trata de negros por ejemplo, como lo hace el historiador Olivier Pétré-Grenouilleau, es introducir la imagen de un fenómeno «global» que concierne a numerosas sociedades, al principio, al final, y en medio.

La acción antirracista, en este nuevo marco también se ve obligada a evolucionar más allá de sus dimensiones clásicas, jurídicas, y sobre todo represivas, para actuar con eficacia. Tomemos de nuevo, en sentido contrario, los principales puntos de este texto. Las acciones antirracistas tienen que luchar cada vez más para imponer cambios en materia histórica, introducir la historia de las víctimas y de los vencidos en la narración histórica —lo que puede suponer ciertos problemas—, y suscitar debates importantes, sobre todo sobre la relación entre historia y memorias. Debe y puede también

«globalizarse», es decir, pensarse y organizarse a escala planetaria, permaneciendo a la vez centrada en los combates locales o nacionales, a la manera altermundialista (en el mejor sentido de ésta), y teniendo en cuenta simultáneamente la fragmentación cultural y social. Debe hacerse responsable no sólo de las dimensiones ideológico-políticas del fenómeno, sino también de sus formas concretas diversificadas y múltiples, por ejemplo en la lucha contra las discriminaciones. Debe oponer a los que ven en las «razas» peligrosas una amenaza para la cultura o para los valores mayoritarios, otra visión en la que los grupos dominados aparecen a su vez como portadores de una cultura y dotados de una identidad, así como deseosos de poder participar en los valores universales, y de basarse también ellos en el derecho y la razón. Por último, debe enfrentarse cuerpo a cuerpo con el tema del racismo institucional, lo cual supone acciones concretas para modificar el funcionamiento de las instituciones que, sin darse cuenta, reproducen en su seno la discriminación. Y esto pasa en particular por la realización de esfuerzos voluntaristas, por poner un ejemplo, por instaurar formas de «discriminación positiva», una noción que, también ella, resultaría provocativa.